

BALONCESTO

Larga vida a los pioneros

Fernando Muscat y José Luis López Zubero son dos de los nombres esenciales para explicar los orígenes del baloncesto aragonés, auténticos héroes del deporte

ZARAGOZA. El siglo XXI está cobijando la edad de oro del baloncesto nacional. Las medallas olímpicas conviven con gestas mayúsculas, como que dos hermanos de Sant Boi de Llobregat se enfrenten como titulares en un All Star de la NBA. En Aragón, el CAI Zaragoza se ha reincorporado a la élite y se ha abonado a las competiciones europeas, pisando las semifinales en la Liga ACB y en la Copa del Rey. Un panorama saludable y excitante que está íntimamente relacionado con todos aquellos pioneros que contribuyeron en instaurar y popularizar este deporte. Sus nombres no ocupan titulares y tienden a coger polvo en los estantes del olvido. Pero, desengañémonos, sin su generosa contribución ni su heroica ac-

tuación, absolutamente nada de lo vivido desde Los Ángeles 1984 hasta nuestros días hubiera sido factible.

«Afortunadamente, los tiempos han cambiado a mucho mejor. No tiene nada que ver la España que yo viví, la de los años 30, 40 o 50, con la de 2015. El deporte en general y el baloncesto en particular forman parte de esta grandísima y radical transformación. Esto lo dice alguien como yo, que emigró a Estados Unidos en 1955 y que regresó a su país a los 75 años. Con sus defectos, me siento muy orgulloso del cambio experimentado», aporta José Luis López Zubero, protagonista esencial de los albores del baloncesto zaragozano y aragonés.

Nacido en 1931, tomó el relevo



JOSÉ L. LÓPEZ ZUBERO

Oftalmólogo y padre de un campeón olímpico, fue el primer jugador formado en Zaragoza en ser citado por la selección española

A menos de un mes de cumplir 84 años, José Luis Zubero rezuma sabiduría y una envidiable vitalidad. Este personaje poliédrico ha devorado una existencia rica y plena. Oftalmólogo de prestigio, pionero del baloncesto aragonés, escritor, fundador de una Fundación solidaria y padre de un campeón olímpico de natación. Todos estos hitos conviven en este zaragozano ejemplar. Hoy comparece para relatar su profunda relación con la canasta.

Un recorrido deportivo, pero también sentimental, que arranca en la calle Predicadores. «Nací y crecí allí, muy cerca del antiguo Ayuntamiento. Tuve que estudiar muy tarde porque entonces no existían los parvularios. Al comenzar la guerra yo tenía cinco años. Mi padre -ferroviario y sindicalista de la CNT- me enseñó a leer, pero como era republicano, estuvo en la cárcel durante un par de años. Eran otros tiempos», rescata de su prodigiosa memoria.

Los estudios marcaron su adolescencia, hasta que el baloncesto se adueñó de su corazón. «Estudié Bachillerato en el antiguo Instituto Goya, en la plaza de la Magdalena. Descubrí el básquet a los 14 años, cuando me hice socio del Helios. Me ensimismaba viendo jugar a los que eran las figuras del baloncesto zaragozano: José Tomey, los



José Luis López Zubero, fotografiado el pasado jueves en su hogar madrileño. En la imagen de arriba, es el primero por la izquierda con la camiseta del Real Zaragoza de baloncesto. ENRIQUE CIDONCHA/LA CASA DEL BALONCESTO.ES

El pivót sabio de la calle Predicadores

hermanos Burrull, los hermanos Moreno... Eran gente con un mérito tremendo, a los que no se ha reconocido lo suficiente. La velocidad del mundo actual es meteórica y no nos acordamos de los héroes de ayer».

Unos héroes locales que le inocularon un redentor veneno. «Tenía facilidad con el tiro y los mayores me estimularon para que siguiera con ello. Jugaba de centro (pívot). Medía 1,83, que en aquel país de posguerra era mucha altura. Aquello fue una bendición. El baloncesto me permitió salir fuera de España y enterarme de cómo funcionaba el resto del mundo. Me ayudó mucho a ver perspectivas que desconocía», prosigue.

El aprendizaje fue peculiar, pura inquietud y esfuerzo. «Con unos amigos formamos un equipo. Nos reuníamos por la noche para leer una revista francesa llamada 'Busnel', que compraba Jorge Sanz. Allí se explicaban técnicas baloncestísticas que al día siguiente tratábamos de aplicar en los entrenamientos», comparte. Un recuerdo que le sirve para ampliar el foco argumental: «En el deporte, como en casi todo, las que prevalecen en los primeros lugares son las ciudades o las naciones que disponen de más dinero. Facilita mucho el camino. El dinero es el mejor esclavo y el peor amo».

La cotidianidad de aquellos baloncestistas abnegados dista años luz del privilegiado trato que reciben los del siglo XXI. «Los desplazamientos eran largos, caros y difíciles. Las condiciones del país eran terribles. Por ejemplo, para jugar en Huesca había que pedir permiso a la Policía para podernos desplazar. Nosotros jugábamos en

de auténticas leyendas de la canasta en la Comunidad, los genuinos precursores de este maravilloso deporte. Ellos fueron la fuente de su vocación. Cita en primer lugar a José Tomey, un mito del Helios, la considerada primera protoestrella de la tierra. «Era una maravilla. De chico, me quedaba asombrado viéndole jugar. Me pasaba horas atendiendo los partidos o los entrenamientos. Él y sus compañeros, como los hermanos Moreno, fueron un referente que merecen el mayor de los homenajes», pronuncia con una genuina emoción.

López Zubero, el primer jugador formado en Zaragoza en ser convocado por la selección, sigue tirando del hilo de Tomey: «José me contó una vez que el

baloncesto lo trajeron los catalanes que venían a hacer el servicio militar a la ciudad. Los locales aprendieron a jugar con ellos y ahí se inició la popularidad de un deporte que desde entonces siempre ha estado muy alto».

El genio Muscat

El también zaragozano Fernando Muscat (Tobed, 1911) es otro de los nombres esenciales para relatar esta historia vestida de epopeya. Pese a que residió desde los once años en Barcelona —donde desarrolló la mayor parte de su carrera—, sobre sus espaldas y su semblante de galán de cine recae el honor de ser el primer internacional aragonés. En su currículum deslumbra la medalla de plata en el primer Europeo, el de 1935 en Ginebra. Ac-

tuaba como distribuidor de juego y se erigió en uno de los talentos más dominantes de un deporte que todavía gateaba en pañales en nuestro país. Ocupó portadas en los periódicos de la posguerra y fue el ídolo de genios posteriores como Eduardo Kucharski.

Unas hazañas que merecen ser propagadas y admiradas. Por ello son tan celebradas iniciativas como las de los periodistas aragoneses Jorge Albericio y Sergio Ruiz, padres de Muscat Project (www.muscatproject.net), una plataforma consagrada a Muscat, pero también a sus coetáneos.

«Nuestra intención es poner en valor a estas personas, a estos locos pioneros que intentaban meter la pelota en un aro cuan-

do nadie lo hacía. En general, eran gente de otra pasta, que trabajan en una fábrica y se levantaban dos horas antes para entrenar un deporte que apenas practicaban 200 individuos. Le dedicaban un amor y un esfuerzo ahora inimaginables», apunta Ruiz.

En su investigación, que arrancó lógicamente en Tobed y que se ha extendido a Barcelona, Madrid, Zaragoza y a las hemerotecas, afloran anécdotas y protagonistas con profusión. «La historia del baloncesto aragonés es prodigiosa. Cuando llamas a una puerta, se abren otras muchas.

Sin duda, lo más gratificante es conocer a esos superhombres y a esas supermujeres, auténticos héroes, que llevan toda la vida guardando sus experiencias y deseando compartirlas y ser escuchados», indica Ruiz.

Una labor de justicia y reparación que ansían culminar con un libro y con las permanentes entradas en su blog.

Desde su retiro madrileño, José Luis López Zubero sonríe y aplaude, excluyéndose del foco por su atávica humildad. «No puede apagarse esta llama. Hay que avivarla, aplaudir y tener presentes a nuestras leyendas. Es la mejor manera para disfrutar, con más intensidad si cabe, de la bonanza de nuestro baloncesto», remata.

J. F. LOSILLA EIXARCH

FICHA

José Luis López Zubero

nació el 27 de febrero de 1931 en Zaragoza.

Jugó al baloncesto

en el Helios, en el Cerbuna y en el Real Zaragoza.

Emigró a Estados Unidos

en 1955. Aterrizó en Nueva York para especializarse en Oftalmología. Posteriormente se especializó en cirugía plástica de ojos en Alabama. Finalmente, se estableció en Florida.

un frontón de pelota vasca. Hasta que yo emigré a Estados Unidos en 1955, en Zaragoza no había ningún sitio habilitado para jugar propiamente a baloncesto», asevera.

López Zubero fue santo y seña del Helios, pero también defendió la camiseta del Real Zaragoza. «Formábamos parte de la sección de baloncesto del Real Zaragoza, que desapareció posteriormente. Jamás olvidaré una minigira que hicimos por Francia. El primer partido que disputamos en el extranjero fue en Olorón Sainte Marie (foto que acompaña a este texto). También fuimos a San Juan de Luz, a Pau... Fue una de las épocas más bonitas de mi vida. Compré libros que en España estaban prohibidos y resultó muy gratificante refrescarse con la cultura y las libertades que se respiraban en Francia», revela entusiasmado.

En su currículum figura el título honorífico de ser el primer jugador formado en Zaragoza que fue convocado por la selección nacional. Un capítulo que también encierra una resolución imprevisible. «Me convocaron para un partido en San Sebastián contra Bélgica. Además, me iba a fichar el Barcelona, a través de su entrenador, Fernando Font. Pero tuve la mala —o la buena— suerte de torcerme un tobillo cuando estaba bajando unas escaleras en la Universidad. Fue tan grave que ahí terminó mi carrera como jugador. Eso me obligó a centrarme en la Medicina y marché a EE. UU. Lo que parecía mala suerte, se tornó en lo mejor que me podía ocurrir. Los americanos tienen un refrán perfecto: «Cuando la vida te da un limón, haz limonada», apostilla.

J. F. LOSILLA



José Luis Rubio honra a Fernando Muscat. LACASADELBALONCESTO.ES



Muscat y su esposa. FAMILIA MUSCAT

FICHA

Fernando Muscat nació

en Tobed (Zaragoza) el 12 de agosto de 1911.

Se instaló junto a su familia en Barcelona en 1922. Allí aprendió a jugar al baloncesto.

Fue la gran estrella del

mítico Laietà, equipo al que también entrenó. Con la selección se colgó la medalla de plata en el primero Europeo, celebrado en Ginebra en 1935.

FERNANDO MUSCAT

El primer aragonés internacional y ganador de la plata en el Europeo de 1935, fue una de las primeras figuras del básquet español

Qué puede motivar a dos jóvenes periodistas zaragozanos a invertir un sinnúmero de horas para bucear en la figura de un jugador aragonés del siglo pasado desconocido para el gran público? La respuesta a esta pregunta solo precisa dos palabras: Fernando Muscat. La trayectoria vital y deportiva de este baloncestista aún épica y gloriosa. «Muscat fue una estrella, el primer deportista aragonés que triunfó en Barcelona, un camino que más tarde emularían los Guillén, Martínez o San Epifanio», aduce Sergio Ruiz.

Nacido en la pequeña localidad de Tobed en 1911, a los 11 años se trasladó junto a sus progenitores a Barcelona. Desembarcó en el lugar justo en el momento adecuado, cuando el padre Eusebio Millán introducía el básquet en España, concretamente en las Escuelas Pías de la Ciudad Condal. Cayó perdidamente enamo-

rado de aquella práctica, a la que consagró horas, sudores y un talento arrollador. Su carrera estuvo ligada al histórico Laietà, el primer club que se formó en España. Exhibió su calidad en las canchas desde 1928 hasta 1941, un periodo fértil truncado por la Guerra Civil, en la que combatió en el frente republicano durante dos años. «Pero su fuerza y su pasión por el baloncesto eran tan grandes que, cuando concluyó la contienda bélica con todo el desgaste que le supuso, volvió a jugar al más alto nivel. Su regreso a las pistas fue portada de 'Mundo Deportivo'», explica Ruiz. Tal era su fama, que su boda con la también pionera Carme Sugrañes ocupó la primera plana del mencionado rotativo barcelonés.

Muscat, con una planta impactante y un físico portentoso, era una figura pública de primer orden que no encajaría con la concepción actual.

De joven entró a trabajar en Telefónica como mozo y se jubiló en la misma empresa como un alto directivo. Para acudir con la selección al primer Europeo, en Ginebra en 1935, utilizó parte de sus vacaciones. Un sacrificio que fue retribuido con la medalla de plata, tras perder la final ante Letonia.

La lejanía física no marchitó su sentimiento aragonés. Sus visitas a Zaragoza eran habituales y, antes de morir, se desplazó a su Tobed natal. Una forma poética de cerrar un círculo virtuoso.

Sus hijos residen en Vilanova i la Geltrú, donde conviven con el recuerdo de un padre abnegado, que dejó su impronta perenne en el baloncesto patrio.

J. F. LOSILLA

El niño de Tobed que alcanzó las estrellas